



Alumnos de escritura creativa, durante una clase en la Escuela Fuentetaja Literaria. En esta clase construyen historias sin utilizar palabras que nunca usarían para un relato. Foto: B. K.

# Aprendiz de cuentista

Sólo una minoría de los 3.000 alumnos de las escuelas de escritores de España termina publicando. El talento es la única llave que tienen para abrirse un hueco en el arco editorial

Por BELÉN KAYSER

La clase está en un edificio antiguo, de techos altos. La ventana de una de las aulas proyecta la luz de otoño sobre una mesa rectangular que hace de punto de encuentro de 11 alumnos. Una estantería llena de libros y la pizarra limitan la pequeña estancia. Alberto, farmacéutico entrado en los 50, es el centro de atención mientras lee su tarea. Sus compañeros sonrían y toman notas. Los dos folios de su cuento describen una escena en la que un hombre camina a tientas por una galería llena de calaveras sólo iluminada por la luz de una vela.

Los relatos de Carver o Chéjov se convirtieron en los textos de referencia para los talleres de escritura creativa, que empezaron a popularizarse en los noventa. A partir de entonces, en España se comenzó a enseñar la técnica de la redacción de cuentos. Las cinco grandes escuelas españolas mueven —por curso— un mercado de más de 3.000 alumnos. Los talleres convocan a aprendices de escritores dispuestos a desembolsar más de 1.000 euros al año. A esta cifra hay que añadir los que acceden a cursos a distancia y los que reciben clase en centros culturales y cívicos. La mayor parte de los cuentistas descubre por el camino que esto no es el suyo. Sólo un tercio de ellos acabará el curso o se especializará. Serán aún menos los aspirantes a escritor que consigan que un importante grupo editorial apueste por ellos. Casos como el de Idelfonso Falcones, autor del súper ventas *La Catedral del Mar*, o del escritor novel Javier Fonseca, son minoritarios. Las escuelas de escritores no son una cantera de obradores de la palabra.

Candela Duel, profesora de Fuentetaja, explica que las clases intentan mostrar cuanto antes esta realidad: “Es honesto decirle al alumno que su paso por la escuela no le llevará a ser escritor. Escribir es otra cosa”. Algunas editoriales que publi-

can la obra de novelas lo apostillan: “No me gustan las escuelas, me parecen unas *sacacuartos*”, responde la escritora Mari Carmen Escudero, que es además dueña de la pequeña editorial Adamarada. “Los planes de estudios tiran de los autores de siempre. ¿Pulen a los buenos? Los que lo son, no necesitan que nadie lo haga”.

“No se duda de que las escuelas de pintura enseñen”, opina Duel, “pero en el arco editorial, muchos siguen considerando que la disciplina de la escritura es sagrada”. La escritora Almudena Grandes, aunque no se opone a estas escuelas, reconoce ser escéptica. “Puedes aprender la técnica pero no pueden darte un universo propio ni claves para transformar la palabra”. Duel añade: “Sólo ellos pueden aprender a ver el mundo, pero enseñamos a saber manejar el lenguaje y dar significado a las palabras”.

Los talleres son un ejercicio de intimidad leída en público. El periodista y escritor Manuel Rivas, que ha participado en encuentros literarios de la Casa Encendida y en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, los define como “una enigmática organización de clandestinos que comparten sensaciones”. Los alumnos se sientan alrededor de una mesa y trabajan sobre textos de otros autores. En los coloquios que Rivas ha protagonizado dice haber enseñado “más oftalmología que sintaxis, porque hay que aprender a mirar, escuchar a las voces bajas”.

La práctica diaria les lleva a experimentar con puntos de giro, metáforas e indicios para escribir textos cada vez más complejos. Cada escuela, no obstante, tiene su plan de estudios. Una de las principales críticas de escritores y editoriales es, sin embargo, que los talleres “cortan por un mismo patrón” a unos alumnos que componen textos con influencias muy parecidas. “En España la literatura tiene por lo general poco ángulo”, explica Rivas.

Pese a todo, centros afianzados como Fuentetaja, Escuela de Escritores, Hotel

Kafka, Escuela de Letras o la Escola d'Espectura del Ateneu de Barcelona ven repletas sus aulas cada año —en 2008 ha aumentado un 15% la matriculación— aunque nadie tiene garantizado publicar. Ninguno de estos centros tiene editorial propia, pero muchos ayudan a sus alumnos a preparar sus originales. Es el caso de Idelfonso Falcones, que acudió a la Escola para presentar la novela que le ha catapultado al éxito. “Es un prestigio que una editorial se fije en nuestro alumnado, pero no nos lo tomamos como logro propio”, cuenta Muriel Villanueva, profesora del centro barcelonés.

No hay estadísticas. Es difícil llevar la cuenta de los alumnos que consiguen ver publicados sus trabajos. Eduardo Vilas, director de Hotel Kafka, habla de que el 4% de sus alumnos cada año consigue ser publicado. El resto de escuelas no sabe dar un dato fiable. Sólo las editoriales de tirada no superior a 50 libros suelen conocer

al detalle el historial de sus escritores.

Detrás de un café y una libreta, —“es uno de los hábitos que me ha enseñado la escuela, ir siempre con ella a cuestas”— el escritor novel Javier Fonseca explica cómo ha conseguido que una editorial se fije en él. Fonseca pasó por tres talleres: de escritura creativa, de inicio a novela y de cuento infantil. Bajo sus dedos esconde los primeros borradores de sus trabajos, “que se están imprimiendo ya”. MacMillan ha comprado los primeros títulos de su colección infantil *Clara Secret*, y pondrá a la venta en abril una tirada de 3.000 ejemplares en castellano y 2.000 en catalán.

Sólo otro de sus compañeros ha seguido un camino parecido al suyo. “Uno tiene que comprometerse, incluso cambiar los hábitos. Me propuse levantarme todos los días a escribir a las cinco...”. Con su colección, protagonizada por una niña de siete años que hace de detective bilingüe acompañada por su perro Uan, Fonseca pasará a alimentar la sumergida y exigua selección de escritores que han pasado por un taller literario. “Las clases consiguieron que me soltara, que aprendiera disciplina y a recibir críticas”.

El sondeo entre editoriales y escuelas demuestra que el porcentaje de los alumnos que se convierten en escritores reconocidos es mínimo. “Pero es natural”, explica la jefa de estudios de la Escuela de Letras, Elisa Velasco, “no todos quieren serlo, muchos prefieren el mundo editorial. Se forman para ser correctores de textos o para cualquier puesto relacionado con la escritura”.

Tras dos horas de clase, las 11 libretas se cierran. Los alumnos han escuchado a compañeros que les han emocionado, han hecho suyos recursos que funcionan y han pensado varias veces “esta persona llegará alto”. El criterio es uno de los valores que se ganan en estos talleres. La inversión de tiempo, dinero y ganas no es fácil, y un nuevo día de clase es un paso más certero hacia la decisión final •

**Almudena Grandes:**  
*“Puedes aprender la técnica pero no pueden darte claves para transformar la palabra”*

**Manuel Rivas:** *“Estos encuentros son una enigmática organización. Se comparten sensaciones”*